

UN ESCRITOR LLAMADO JOSE HUMBERTO QUINTERO

Por R. J. LOVERA DE SOLA

El domingo 8 de julio de 1984, a las dos y cincuenta minutos de la tarde,¹ falleció en Caracas el Cardenal José Humberto Quintero Parra. Razón tuvo el Episcopado Venezolano al expresar que a todo lo largo de su vida había sido “Fiel servidor de la Iglesia y amante auténtico de la patria”.² Si se repasan los senderos de su actividad, como nos proponemos hacerlo en esta semblanza, se verá hasta qué punto esta aseveración es cierta.

Sacerdote, Obispo, Cardenal, destacado orador, diestro escritor, el Cardenal Quintero nació en Mucuchíes, Estado Mérida (septiembre 22, 1902). Fueron sus padres el agricultor Genaro Quintero y Perpetua Parra. La formación elemental la recibió en su pueblo. En 1913, antes de haber cumplido los once años, pronunció en Mucuchíes su primer discurso público. Lo hizo para recibir en nombre de los moradores del lugar, al Obispo de Mérida, Monseñor Antonio Ramón Silva, quien llegó en Visita Pastoral.³

Muy joven debió despertar en él la inclinación por la carrera sacerdotal, pues a los trece años, cuando era apenas un adolescente, ingresó en el Seminario de Mérida. Dirigía esa casa de estudios el entonces Presbítero Henrique María Dubuc, quien tuvo mucha influencia en la formación del futuro sacerdote.⁴

Durante el curso de sus estudios el joven se destacó desde el primer momento. A los dieciséis años escribió el primer discurso de su propia cosecha.⁵

En 1921 insertó en una revista, fundada por Caracciolo Parra León, uno de sus amigos más queridos,⁶ dos artículos, “los primeros que aparecían calzados con mi nombre”.⁷

-
1. ROSA USTÁRIZ: “El Pastor se marchó en una soleada tarde de domingo”, en: *El Nacional*, Caracas: julio 9, 1984, Cuerpo C, p. 2.
 2. “Acuerdo del Episcopado”, en: *El Nacional*, Caracas: julio 9, 1984, Cuerpo A, p. 1.
 3. JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: *Confidencias de Septuagenario*. Caracas: Ed. Arte, 1979, pp. 13-14.
 4. Sobre el aprecio que Monseñor Dubuc tuvo por Quintero consultar una misiva de Dubuc que el Cardenal insertó en su libro *El oficio episcopal*. Caracas: Ed. Arte, 1978, pp. 127-128.
 5. JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: *Confidencias...*, p. 15.
 6. Casi todos los escritos del Cardenal Quintero que citamos a lo largo de este trabajo, salvo que indiquemos lo contrario, se encuentran en *Discursos. Obras publicadas. 1924-1972*. Caracas: Ed. Arte, 1972.
 7. JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: *Confidencias...*, p. 30.

En Mérida concluyó su formación media. Recibió el título de Bachiller de manos de Monseñor Silva, en momentos en los cuales estaban “Deshechas las paces entre la Universidad y el Seminario” como refiere Mario Briceño Iragorry, quien fue, desde esa época, uno de sus amigos más cercanos.⁸

En 1922 pasó de Mérida a Roma a continuar sus estudios en la Universidad Gregoriana. Residió durante esos años en el Colegio Pío Latinoamericano. Mientras cursó los estudios tomó la palabra más de una vez. Aunque fueron muchos los escritos concebidos en esos años, hay uno que destaca entre todos: es su *Elogio de España* pronunciado en Roma (noviembre 23, 1924). Allí, a sus veintidos años, ya es evidente su honda formación y las dotes de su estilo. Con este escrito encabezó la recolección de todo aquello que expresó desde el púlpito, la cátedra o la sala de conferencias. En 1926 recibió en Roma el título de Doctor en Teología. Regresó a Mérida donde fue ordenado sacerdote (agosto 26, 1926).

Inmediatamente pasó a Caracas en donde debía participar como orador en un acto organizado por Monseñor Rafael Lovera Castro en homenaje a San Francisco. El 8 de octubre llevó la palabra en el Teatro Nacional. Disertó aquella noche sobre misticismo y poesía. Aquella oración al ser impresa en un folleto constituyó su primera publicación en forma de libro.⁹ Lo que no sospechaba el joven levita era que aquella noche, tras los hilos de la radio, un paisano suyo escuchaba la peroración del “joven sacerdote andino”, ya que así lo había presentado Monseñor Lovera. A los pocos días el incógnito radioescucha le hizo saber que deseaba conocerlo. Y una vez que Quintero le visitó le ofreció su protección para que pudiera terminar sus estudios en Roma. Cosa que cumplió.

Gracias a la protección del escucha del discurso, que no era otro que el General Juan Vicente Gómez, pudo Quintero marchar otra vez a Italia y obtener en 1928, el Doctorado en Derecho Canónico.¹⁰

Ya desde ese momento su producción intelectual no se detendrá. En ella dominará siempre el cultivo de la oratoria, como él mismo lo reconoció.¹¹ Muchos de estos discursos no sólo fueron escuchados por los auditorios para los cuales fueron redactados, sino que muchos de ellos fueron editados en folletos.

Vuelto de Europa, el Presbítero Quintero fue nombrado Teniente Cura en Santa Cruz de Mora. Por algún tiempo ocupó también el cargo de Párroco de su pueblo natal. Pero dada su preparación muy rápida lo llamó el Obispo de su Diócesis, que lo era Monseñor Acacio Chacón, a trabajar en la Curia. Le nombró su Secretario de Cámara, cargo que ejerció a lo largo de un lustro (1929-34).

Ese mismo año de 1929 fue expulsado de Venezuela (octubre 11) el Obispo de Valencia Monseñor Salvador Montes de Oca. A los pocos meses se reunió una

-
8. MARIO BRICEÑO IRAGORRY: “Monseñor José Humberto Quintero”, en *Gente de ayer y de hoy*. Madrid: Ed. Independencia, 1953, pp. 71-74.
 9. JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: *Misticismo y poesía*. Caracas: Lit. y Tip. Vargas, 1926. 19 p. Verla en *Discursos...*, pp. 43-61.
 10. Sobre todo esto consultar JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: *Escrituras de antier*. Caracas: Ed. de la Contraloría, 1974, pp. 53-55.
 11. JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: *Al final del otoño*. Caracas: Ed. Arte, 1974, p. 5.

Conferencia Episcopal para analizar la situación. Le tocó al entonces Padre Quintero, ser testigo de un momento singular de la vida de la Iglesia. Con el tiempo consignó en uno de sus libros sus recuerdos de aquellos sucesos, ya que él sirvió en ese momento a todo el Episcopado “redactando los documentos más importantes que éste, en aquellos días conflictivos, dirigió al Gobierno Nacional. Le fue entonces dado enterarse de muchos pormenores...”¹²

La reunión a la cual nos venimos refiriendo se llevó a cabo en Caracas a partir de la segunda semana de febrero de 1930. El motivo de la misma no fue otro que tratar toda la problemática suscitada con motivo de la expulsión del señor Montes de Oca. El Padre Quintero, quien desde sus años de seminarista se había dado cuenta de las dificultades que tenía la Iglesia en sus relaciones con el Estado, como consecuencia de la Ley de Patronato Eclesiástico de 1824, pudo observar en forma gráfica las dificultades de aquella situación. Y eso lo vio al acompañar a los Obispos en las gestiones emprendidas para poner término al conflicto originado por el destierro del Obispo de Valencia. Esta experiencia le sirvió a Quintero de acicate para llevar a cabo la serie de gestiones que impulsadas por él, años más tarde, permitieron reglamentar las relaciones entre la Iglesia y el Estado de una manera más diáfana.

Ese mismo año de 1930 se recordó el primer centenario de la muerte del Libertador. En esa ocasión leyó el Presbítero Quintero, dos de sus más celebrados estudios bolivarianos. Nos referimos a *Bolívar magistrado católico* y *El trágico viaje hacia San Pedro Alejandrino*. Ambos trabajos los reunió en su libro *Ante la tumba de Bolívar*. Estos no fueron los primeros textos que sobre el Libertador escribió a lo largo de su vida. Pero se encuentran entre los mejores productos de su pluma.

En los años siguientes Quintero siguió siempre activo en Mérida. En el campo religioso fue nombrado Canónigo Medio Racionero (1931-33), Vicario General de la Diócesis —cargo que ocupó hasta 1960— y Canónigo Magistral (1935-53). En esta misma época fue Cronista de la ciudad de Mérida y Profesor del Liceo Libertador. En su gabinete de trabajo se reunió durante muchos años singular tertulia, a la cual asistían todos aquellos que gustaban del cultivo de las cosas del espíritu. Este es un hecho que más de un testigo ha recordado al estudiar las actividades del Canónigo Quintero.¹³

Son muchos los textos impresos en los años que van desde su nombramiento como Canónigo Magistral hasta su elevación al Episcopado. El mismo explicó que en esos años debió escribir numerosas homilias “para cumplir... el deber sacerdotal de exponer al Pueblo de Dios a palabra divina. Desempeñé por cuatro lustros... la Canonjía Magistral de la Catedral de Mérida, cargo que me obligaba a predicar cada año los llamados “sermones de tabla”¹⁴ De allí la amplia actividad intelectual que debió desplegar.

12. JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: *Para la historia*. Caracas: Ed. Arte 1974, p. 15.

13. CARLOS FELICE CARDOT: “La labor histórica y humanística del Cardenal Quintero”, en *Páginas biográficas y críticas*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1978, pp. 187-203. Ver la p. 202.

14. JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: *Con la mano en el arado*. Caracas: Ed. Arte, 1975, p. 7.

En los años de su vida a la cual nos referimos, el gobierno de López Contreras pensó proponer su nombre al Congreso para el cargo de Arzobispo Coadjutor de Caracas. Así se lo hizo saber el 24 de abril de 1939. Quintero declinó el ofrecimiento.¹⁵ Pero aunque en ese momento rechazó la Mitra, aprovechó la oportunidad para interesar al Presidente López sobre la necesidad de introducir una serie de cambios en las relaciones entre la Iglesia y el Estado. López escuchó la proposición y pidió que le remitiera un estudio sobre el punto. Así lo hizo. López lo estudió con interés, como se colige de una carta suya, aunque seguramente no tuvo ocasión de tomar cartas en el asunto.¹⁶

En 1942 falleció en Mérida, tras larga y dolorosa enfermedad, la madre de nuestro biografiado. El haber atendido a doña Perpetua con tanta constancia, a lo largo de todos los padecimientos de su enfermedad, dejaron huellas en el levita. Y no sólo en su alma. También en su cuerpo. Como le escuchamos relatar una vez, había perdido el sueño. Se pasaba las noches insomne. Fue entonces cuando un médico amigo le recomendó retomar su inclinación por la pintura como una forma de curar su mente adolorida. Así lo hizo. No sólo recobró la posibilidad de volver a dormir y a soñar, sino que desde ese momento tomó impulso su actividad plástica como retratista, la cual le permitió pintar para Mérida la galería de los Obispos de la Diócesis y los rostros de los Rectores de su Universidad.¹⁷

En 1946 el Presbítero Quintero fue el fundador y Primer Director del Servicio de Capellanía Militar. Lo rigió por un corto período durante el cual pudo dotarlo de la organización requerida.¹⁸

El 1º de febrero de 1951 recibió el Padre Quintero la noticia que el Papa Pío XII había decidido elevarlo al Obispado. Fue sólo el 23 de junio de 1953 cuando fue nombrado Arzobispo Coadjutor de Mérida. La plenitud del orden sacerdotal la recibió en Roma ese mismo año (diciembre 6).

Cuando el 30 de septiembre de 1959 se produjo la trágica muerte del Arzobispo de Caracas Monseñor Rafael Arias Blanco, el Arzobispo Quintero se encontraba en Roma. El 21 de noviembre el Papa Juan XXIII lo llamó para comunicarle que había decidido trasladarlo como Arzobispo a Caracas. Fue así como el 31 de agosto de 1960 fue nombrado doceavo Arzobispo de Caracas. El 8 de octubre de ese año tomó posesión de la Arquidiócesis. Y a los sesenta y ocho días fue nombrado Cardenal de la Iglesia Católica (diciembre 15, 1960), convirtiéndose así en el primer venezolano en obtener esa dignidad.^{18a} Meses más tarde (enero 19, 1961),

15. JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: *El Convenio con la Santa Sede*. Caracas: Ed. Arte, 1976, p. 17.

16. JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: *El Convenio...*, pp. 21-56.

17. Sobre este aspecto de su actividad consultar el volumen *Las pinturas del Cardenal Quintero*. Prólogos: J. L. Salcedo-Bastardo y Ramón J. Velásquez. Caracas: Ed. de la Presidencia de la República, 1977.

18. CONSTANTINO MARADEI: *Venezuela: su Iglesia y sus gobiernos*. Caracas: Ed. Trípode, 1978, p. 146.

18a. Sobre el acto de la imposición del Capello consultar CAYETANO RAMÍREZ: "El día que Venezuela tuvo su primer Cardenal" en *El Nacional*, Caracas: septiembre 3, 1984, Cuerpo C, p. 9. Este periodista fue quien cubrió para el diario *El Nacional* aquellos acontecimientos.

le fue impuesto el Capello en Roma. Ese mismo año, en reconocimiento de sus méritos intelectuales, fue nombrado individuo de número de la Academia Nacional de la Historia (febrero 9) y de la Academia Venezolana de la Lengua.

Con ocasión de su nombramiento como Cardenal, el Episcopado venezolano acordó promover una colecta para ofrecerle en Caracas una mansión acorde con su dignidad. El Cardenal no estuvo de acuerdo con este honor y decidió destinar el dinero a la fabricación de casas destinadas a ser adquiridas por personas de pocos recursos. Con ese objeto formó la "Fundación Juan XXIII" la cual utilizó los fondos para fabricar en Caricuao cuarenta casas en terrenos cedidos por el Banco Obrero. Y más tarde, gracias a un crédito que le concedió también el Banco Obrero, logró el Cardenal, construir cincuenta viviendas más.¹⁹ Este gesto no fue nuevo en él. Parecida actitud había tenido en 1932 cuando donó su sueldo como profesor de un liceo merideño al Hospital de la Escuela de Medicina de la Universidad de Los Andes.²⁰

Ya constituído Arzobispo le tocó asistir a las sesiones del Concilio Ecuménico Vaticano II (1962-65), el cual fue convocado por el Papa Juan XXIII. Entonces encabezó la delegación de Obispos venezolanos que asistieron al segundo Congreso Ecuménico en el cual participaron prelados venezolanos. El anterior fue el Concilio Ecuménico Vaticano I. ^{20a} También le tocó participar como miembro del Colegio Cardenalicio en los Cónclaves en los cuales se eligieron los Papas Paulo VI (1963), Juan Pablo I y Juan Pablo II (1978).

A los historiadores eclesiásticos les tocará hacer el balance del pontificado caraqueño del Cardenal Quintero. Para el estudioso de la vida del país durante estos años no creemos que quede duda que la contribución más importante hecha por el Cardenal fue la regularización de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Estas tareas las había iniciado, como ya lo hemos advertido, como simple sacerdote en 1939. Fueron estas gestiones las que permitieron arribar en 1964 al *modus vivendi* firmado entre nuestro país y la Santa Sede. Mediante esta serie de acciones pudo culminar el Arzobispo caraqueño la lucha iniciada por uno de sus antecesores en el cargo, el Arzobispo Ramón Ignacio Méndez, y lograr una ley que estableciera la convivencia y el respeto entre ambos poderes. Este estatuto pudo realizarse gracias a la clara conciencia del problema que tenía desde 1947,

19. JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: *Discursos...*, pp. IX y 1557-1560.

20. LUIS BUITRAGO SEGURA: "Falleció el Cardenal Quintero", en *El Nacional*, Caracas: julio 9, 1984, Cuerpo C, p. 1.

20^a Los prelados que representaron a Venezuela en aquel Concilio, el cual se inició en Roma el 8 de diciembre de 1869, fueron el Arzobispo de Caracas Mons. Silvestre Guevara y Lira y Mons. Juan Hilario Boset, Obispo de Mérida, como lo señala el CARDENAL QUINTERO: *Cartas Pastorales*. Caracas: Ed. Arte, 1972, p. 207. También acompañó a los Prelados a aquella Asamblea el Pbro. José Antonio Ponte, quien más tarde fue Arzobispo de Caracas. Ponte, en una serie de misivas, dio cuenta sobre aquel Concilio. Estos textos se encuentran en su libro *Recuerdos del Ilustrísimo señor Arzobispo de Caracas y Venezuela Monseñor...* Caracas, Imp. del Monitor, 1884. Fue ésta una de las primeras asambleas de carácter universal en las cuales estuvo representada Venezuela mucho antes del establecimiento de organizaciones supranacionales como la Sociedad de las Naciones (1919) o las Naciones Unidas (1945), instituciones propias del siglo que vivimos.

el Presidente Rómulo Betancourt, quien siempre estuvo convencido de lo anacrónico de la ley del "Patronato Eclesiástico" y quien sabía lo poco útiles que son para la vida de una sociedad las controversias de carácter religioso entre sus miembros. Tal importancia concedió el Cardenal a este proceso que escribió un libro: *El convenio con la Santa Sede*, para trazar la precisa historia de tan importante asunto.²¹

Poco a poco su salud fue declinando. Por ello en 1969 pidió a Paulo VI que aceptara su renuncia al Arzobispado. En 1972 insistió. En ese momento el Vaticano decidió nombrar a Monseñor José Alí Lebrún Arzobispo Coadjutor con derecho a sucesión pero sin aceptar la dimisión del Cardenal. Esta situación siguió hasta el 23 de mayo de 1980 cuando el Papa Juan Pablo II aceptó su renuncia y nombró a Monseñor Lebrún Arzobispo.²²

Instalado el hoy Cardenal Lebrún en el gobierno eclesiástico, el Arzobispo Quintero se dedicó otra vez a la faena intelectual y a ordenar en libros sus producciones. Durante estos años ingresó a la Academia de la Historia (agosto 12, 1971) y a la de la Lengua (julio 16, 1979). Ante la primera presentó como estudio de incorporación su trabajo *La labor del Obispo Gonzalo de Angulo*. Ante la segunda sus *Confidencia de Septuagenario*, conjunto de recuerdos íntimos, anticipo de sus *Memorias*.²³ En esa época reunió también todos sus trabajos oratorios y fueron apareciendo la suma de sus *Cartas Pastorales*, un conjunto de composiciones literarias en *Escrituras de antier*, varias intervenciones públicas *En la casa de la patria*, en *Al final del Otoño*, sus *Oraciones académicas* (Caracas: Ed. Arte, 1975), sus sermones como Canónigo y Obispo: *La mano en el arado*, las semblanzas que forman *Figuras sacerdotales* (Caracas: Ed. Arte, 1976) y *El Oficio Episcopal*. Al retirarse del Arzobispado caraqueño circuló el último de sus libros: *Con el corazón en los labios*, antología de sus escritos.

Retirado de su cargo la salud del Cardenal fue declinando poco a poco. Es-tando gravemente enfermo, el 5 de abril de 1983 su confesor, un sencillo fraile capuchino, le administró la extremaunción. En aquel momento el Cardenal Quintero hizo ante los presentes, personas de toda su intimidad, pública confesión de su fe católica. Uno de los testigos relató el suceso a través de la prensa,^{23a} testimonio de religiosidad que a más de un creyente emocionó hasta las lágrimas.

Su Eminencia pasó los últimos años de su vida retirado en su residencia privada de La Castellana. Allí, en la quinta "Villa Perpetua" exhaló el último aliento. Después de pomposas honras fúnebres, presididas por el Jefe de Estado, Dr. Jaime Lusínchi, sus restos fueron enterrados en la Capilla del Pilar de la Catedral de Caracas.

21. En la segunda edición de *El Convenio con la Santa Sede*, Caracas: Ed. del Colegio de Ingenieros de Venezuela, 1978, añadió el Cardenal un apéndice en el cual insertó varios importantes documentos, los cuales dan mayor importancia al libro.

22. JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: "Mensaje final del Arzobispo", en: *Con el corazón en los labios*. Caracas: Publicaciones Seleven, 1981, pp. 61-65.

23. JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: *Confidencias...*, p. 9.

23a. CESÁREO GIL ATRIO: "Acto de confesión del Cardenal Quintero", en *El Nacional*, Caracas, abril 7, 1983.

A los veintiocho días de haber fallecido el Cardenal, fue abierto su testamento. Se trata de un documento de siete folios, escrito de su puño y letra. En el código el Cardenal ratifica su fe católica, pide perdón a los que hayan sufrido por su causa; perdona todas las ofensas que le habían sido hechas a todo lo largo de su vida y condona las deudas que cualquier persona tuviera con él. Según el código, dividió sus bienes entre su familia y la Iglesia. Las únicas cosas de su propiedad que poseía a la hora de fallecer eran su biblioteca, sus cálices para celebrar la misa, sus cruces pectorales, sus anillos episcopales, los muebles de su casa, algunas obras de arte, vajilla, útiles personales, ropa, aparatos de su uso y su automóvil. El Cardenal legó al Papa Juan Pablo II uno de sus anillos y cruces pectorales. Y al Dr. Miguel Angel Burelli Rivas el anillo episcopal que éste le obsequió cuando fue consagrado Obispo; ordenó entregar a Cáritas Arquidiocesana el dinero en efectivo que tuviera para el momento de su deceso y mandó a decir cien misas por el descanso de su alma, las cuales deberán celebrarse en la Cripta de San Pedro en Roma.^{23b}

II

Quisiéramos añadir algunas consideraciones sobre la actividad intelectual del Cardenal Quintero. Aunque muchos de sus trabajos tocan asuntos religiosos y aunque los sucesos del pasado mucho le interesaron, por la manera en que concibió sus escritos él ocupa un lugar en la historia de nuestra literatura.

Muy joven despuntó en él su interés por el cultivo de las letras. Especialmente en la oratoria. Como él recordaba “Contribuyeron en mis años juveniles a avivar en mi alma la inclinación por la oratoria algunos actos públicos, en los que me fue dado oír a notables oradores”.²⁴ Por ello, al hacerlo, se propuso “hablar y escribir, con máxima sencillez, sin alardes de erudición, ni hondura de profundas lucubraciones, de manera que pueda ser entendido al punto por cualquier oyente o lector”.²⁵

Desde muy joven, como ya lo hemos señalado, se destacó como orador. Y por ello la mayor parte de sus escritos fueron compuestos para ser leídos desde el púlpito, la cátedra o la sala de conferencias como él mismo lo reconoció.²⁶ Pero lo que llama la atención al estudioso de los mismos no es el número de sus peroraciones públicas sino el hecho de que él no fue hombre quien gustó de la improvisación sino que siempre escribió sus sermones o intervenciones, siendo siempre muy cuidadoso al construirlas. Por ello muchas de ellas forman parte de lo mejor de la antología de nuestras letras. Y no sólo los específicamente doctrinarios. También esto puede decirse de los estrictamente históricos —como los dedicados a Bolívar, a Urdaneta o a Páez—; de los consagrados a figuras de nuestra cultura —como Tulio Febres Cordero, o el Pbro. Jesús Manuel Jáuregui—; de aquellos en los cuales se unen lo histórico y lo eclesástico —como es el caso de *Huesos de leones*

23b. “El testamento del Cardenal Quintero: La mayor parte de sus bienes los dejó a la Iglesia y familiares”, en *El Nacional*, Caracas: agosto 7, 1984, Cuerpo D, p. 8.

24. JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: *Confidencias...*, p. 19.

25. JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: *Confidencias...*, p. 26.

26. JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: *Al final...*, p. 5.

en el cual evoca la figura del Arzobispo Ramón Ignacio Méndez— o en los que se unen lo literario y el carácter sacerdotal, como lo hizo en su oración fúnebre sobre el Padre Carlos Borges, quizás el discurso suyo por excelencia.²⁷

Quien repase los *Discursos* de Quintero comprenderá la formación clásica que subyace en ellos. Podrá por ello verificar el lector la observación de Carlos Felice Cardot según la cual Quintero “se esmeró en adquirir sólida cultura en el campo de las humanidades... Y esa devoción... lo encaminó a que despuntara en edad todavía juvenil, como escritor de impecable estilo, erudición abundante e ideas nobles y generosas”.²⁸

Por lo expuesto, desde muy temprano encontramos a Quintero como escritor formado. Aunque fueron muchos los textos llevados a cabo durante sus años de estudiante, hay uno que se destaca entre todos. Es su *Elogio de España*. En él es evidente su honda preparación y la claridad de su estilo. En este *Elogio*... también aparece una equilibrada interpretación en torno al significado de España para los pueblos hispanoamericanos.

Ya advertimos que mucho fue el interés que despertaron en Quintero los sucesos del pasado. Al registrar este aspecto de su actividad estamos obligados a referirnos a los trabajos que dedicó al Libertador, los cuales recogió en sus libros *Páginas bolivarianas*²⁹ y *Bolívar*.³⁰ Se interesó mucho en los sucesos de la historia eclesiástica venezolana. Fue constante la atención que prestó a ella. Ya sea al trazar la biografía del Obispo Gonzalo de Angulo³¹ o al examinar en *Consecuencias Eclesiásticas de un terremoto*³² un suceso de la vida de Monseñor Juan Bautista Castro (1847-1915), por encima del cual habían pasado los biógrafos del Arzobispo.³³ Al examinar en este trabajo las maniobras hechas por el Cabildo Eclesiástico de Caracas para cerrar las puertas del Arzobispado a Monseñor Castro nos permitió Quintero comprender cómo también entre los clérigos se dan las mismas querellas y pasiones que vemos corrientemente en el desarrollo de la vida política de los pueblos. Y es muy valioso que el Cardenal, al historiar estos sucesos, los haya presentado tal como ocurrieron.

También las difíciles relaciones entre la Iglesia y el Estado en nuestro país le inquietaron. Especial atención prestó a este tópico, tanto cuando estudió la peripecia del Arzobispo Méndez en *Huesos de leones*, como cuando examinó en

27. Los discursos del Cardenal Quintero antes de recogerse en el volumen que hemos citado en la nota N° 6, se publicaron en cuatro volúmenes de numeración correlativa: *Discursos*. Prólogo Mario Briceño Iragorry. Caracas: Tip. El Compás, 1950. 2 vols.; *Discursos*. Caracas: Ed. Arte, 1963, t. III, 332 pp. y *Discursos*. Prólogo Cristóbal L. Mendoza. Caracas: Ed. Arte, 1971, t. IV, 597 pp.

28. CARLOS FELICE CARDOT: “La labor...”, en *Páginas...*, p. 189.

29. JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: *Páginas bolivarianas*. Prólogo Luis Villalba Villalba. Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1975.

30. JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: *Bolívar*. Caracas: Ed. Arte, 1980.

31. JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: *Oraciones académicas*, pp. 205-227.

32. JOSÉ HUMBERTO QUINTERO: *Para la historia*, pp. 167-261.

33. Tanto MONS. NICOLÁS E. NAVARRO en sus *Anales eclesiásticos venezolanos*, 2ª ed. aum. Caracas: Tip. Americana, 1951, quien sólo dedica algunas líneas al suceso (pp. 480-482), como el DR. J. M. NÚÑEZ PONTE en *Nuestro Gran Apóstol*. Caracas: Ed. Bolívar, 1939.

Para la historia toda la problemática relativa a la expulsión, en 1929, del Obispo Salvador Montes de Oca. Al presentar tales sucesos, Quintero escribió un libro en el cual nos ofreció la narración desnuda de aquellos hechos. Y tuvo razón al hacerlo así porque la expulsión del Obispo de Valencia es un suceso que continúa siendo materia discutida. Quintero en su obra logró hacer mucha luz en él. Y esto por haber sido testigo de aquellos acontecimientos.

Precisamente, en 1930, el entonces Padre Quintero fue Secretario de la Conferencia Episcopal y fue, además, redactor de la documentación oficial que produjo la Jerarquía Eclesiástica sobre aquellos hechos.

Narra con toda claridad —y basándose en una profusa documentación que inserta íntegra en su ensayo— cómo el conflicto se inició a raíz de un sermón del Obispo Montes de Oca en torno al divorcio y luego de haber publicado una *Instrucción* sobre el matrimonio. Si es verdad que Montes de Oca como Prelado estaba en la obligación de predicar a sus fieles el punto de vista católico sobre la cuestión, también es verdad —y esto lo revela el Cardenal aquí— que existieron además de la *Instrucción*, otros entretelones: las relaciones entre los Obispos y el Gobierno —y en especial con el Ministro de Relaciones Interiores, Rubén González— no estaban bien. A esto se añadió un curioso hecho que Quintero explica: “A este antecedente se añadió otro que hasta hoy ha permanecido secreto, pero que tuvo una fuerza decisiva en el asunto, según el parecer del propio Monseñor Montes de Oca. Tuve la oportunidad de verme con él en Puerto España. . . , en enero de 1930, o sea, a dos meses largos de su destierro. Entre otras cosas, le oí referir cuanto sigue: se le presentó cierta mañana, en el Palacio Episcopal de Valencia, una joven señora, en un estado de suma turbación. Le confió que momentos antes, acompañada de su esposo, había ido a visitar a un alto político de aquella ciudad y que habiéndola dejado sola por haber tenido que atender algo urgente, el político, primero con insinuaciones y luego ya por la fuerza, había pretendido hacerla objeto de su lujuria, lo que no había logrado, pues ella había luchado hasta ganar el anteportón y la calle. Pasando ocasionalmente por la puerta del Palacio Episcopal, se le había ocurrido entrar para referir al Obispo lo que le acababa de suceder y pedirle consejo. Monseñor Montes de Oca le indicó que se fuera a su casa, esperara allí a su esposo y lo impusiera del hecho. Un poco más tarde, la misma señora, en un estado mayor de turbación aún, retornó al Palacio y le dijo al Obispo: “Monseñor ahora he comprendido las cosas: mi marido me había vendido a ese señor: llegó a casa furioso conmigo porque, al no consentir yo, le he hecho perder la posición que ya tenía conseguida. Yo me quedo aquí, en la casa de su Señoría; yo no me junto más con ese hombre”. Monseñor Montes de Oca no tuvo más remedio que brindarle asilo provisional a aquella joven y atribulada dama, mientras llegaba el papá de ella, al que llamó con urgencia. Pues bien: ese político, de cuya calidad moral podemos formarnos idea por lo que dijeron Pío Gil, que lo señala como un traidor, y Fernando González, que lo presenta como un corrompido, disfrutaba de enorme influencia en el régimen que entonces mandaba en Venezuela. Y al enterarse de que había perdido su ansiada cacería por la intervención del Obispo maquinó la venganza contra éste y se aprovechó para ello de la publicación en esos mismos días de la *“Instrucción sobre el matrimonio”* (pp. 37-38). Como se verá, con este acontecimiento puede el lector

hacerse una clara visión del hecho.^{33a} Se trata de una intromisión de la política en los predios religiosos por razones de venganza, y aprovechando las tirantes relaciones existentes en aquel momento entre la Iglesia y los funcionarios del Estado.

Además de proporcionar estos datos testimoniales sobre aquellos hechos, el autor de este libro nos presenta un claro panorama de todos los acontecimientos acaecidos con ocasión de la expulsión del Obispo valenciano. Se detiene en aspectos que llaman a la reflexión, como el hecho de que el decreto de expulsión fue puesto en práctica antes de ser publicado en la *Gaceta Oficial*. El Cardenal, basándose en testigos presenciales, explica cómo se esperó que Montes de Oca estuviera a bordo del barco, que le llevó fuera del país, para enviar el texto a la Imprenta Nacional.

Relata el Cardenal, con detalle y en forma de sabrosa crónica, los otros incidentes como la actitud del Nuncio, la intervención del Arzobispo de Caracas, las búsquedas de arreglo de la cuestión, la actitud de la Conferencia Episcopal y, en fin, cómo en 1931 al volver a tomar posesión de la Presidencia, el propio general Gómez suspendió el decreto y pudo Montes de Oca regresar al país.

Y no podríamos cerrar este trabajo sin referirnos a su libro *El Convenio*... en el cual relató la serie de actividades que, por él encabezadas, permitieron al país arribar al *modus vivendi* que regularizó las relaciones entre la Iglesia y el Estado. En *El Convenio*..., como ya lo hemos señalado, el Cardenal nos ofrece sus recuerdos personales sobre las actividades realizadas por él desde el año de 1939 para tratar de que se aboliera la "Ley de Patronato eclesiástico" de 1824, la cual, según él, privaba a la Iglesia de su libertad de acción (p. 9). El estuvo siempre dispuesto a trabajar por lograr un estatuto legal que mejorara dichas relaciones. Logró la cuestión en 1964 con la firma del "modus vivendi" entre el Gobierno Vaticano y el de Venezuela.

En *El Convenio con la Santa Sede* encontrará el lector la detallada narración de todo el proceso. Pero no sólo las gestiones realizadas durante el Gobierno de Rómulo Betancourt (1959-1964), sino la acción personal desplegada por el Cardenal desde 1939, cuando envió un largo memorándum sobre la cuestión al Presidente López Contreras. Luego explica su preocupación durante el primer Gobierno de "A.D.", en los días de la Asamblea Nacional Constituyente de 1947; sus informaciones sobre las gestiones que hizo iniciar el Presidente Carlos Delgado Chalbaud. Sigue con los intentos de acuerdo durante el Gobierno de Edgar Sanabria en 1958. La parte más extensa —tanto explicativa como documental— es la relativa a todas las acciones llevadas a cabo en los años de 1963 y 1964 para que se instrumentara el *modus vivendi* con el Vaticano el cual fue firmado en Caracas (marzo 6, 1964) pasando a ser ley de la República a las pocas semanas (junio 30), llevándose a cabo el Canje de Ratificaciones en la Ciudad del Vaticano el

33a. El nombre del personaje que desató el conflicto entre la Iglesia y el Estado al lograr la expulsión del Obispo —y a quien el Cardenal no menciona por su nombre propio— fue el Coronel Hugo Fonseca Rivas. Así lo podemos leer en un artículo de RÓMULO BETANCOURT publicado en aquellos mismos días en *El Repertorio americano*. San José de Costa Rica (N/ 16, abril 26, 1930), el cual se puede ver en su libro *Contra la dictadura de Juan Vicente Gómez*. Caracas: Ed. Centauro, 1982, pp. 93-99.

24 de octubre del mismo año. *El Convenio con la Santa Sede* se convirtió desde el momento de su publicación en material documental de consulta obligatoria para quien desee enterarse de una parte muy importante en las relaciones entre la Iglesia Católica y el Estado venezolano.

Esta excursión a través de las líneas sobresalientes de la actividad intelectual del Cardenal Quintero nos ha permitido comprender cuánta agudeza tuvo Felice Cardot al afirmar que el Cardenal fue “el más eminente hombre de letras”³⁴ que ha ocupado el Arzobispado caraqueño³⁵ y esto porque Quintero siempre sobresalió por la manera como se enfrentó al acto de escribir, quien como orfebre limó su estilo hasta que la expresión se mostró clara, precisa. Y quien además, siempre estuvo tocado por aquel ingenio con el cual sólo los creadores de belleza literaria se aventuran por los senderos siempre oscuros de la palabra escrita.

Caracas: Octubre 1975 - Septiembre 12, 1976.

Evanston, Illinois, USA: Septiembre 18, 1978 - Caracas: Agosto 8, 1984.

34. CARLOS FELICE CARDOT: “La labor...”, en *Páginas...*, p. 201.

35. Para que nuestra afirmación no se preste a malas interpretaciones, debemos señalar que entre los antecesores del Cardenal en la mitra caraqueña no sólo hubo hombres cultos como Monseñor Francisco Ibarra, quien fue profesor y luego Rector de la Universidad, sino que varios de los Arzobispos tomaron la pluma más de un vez para defender los fueros de la Iglesia, como lo hizo el tantas veces citado Arzobispo Méndez. También actuaron profundos teólogos como Monseñor Castro, quien encabezó sonadas polémicas en los días del positivismo o expertos apologetas como Monseñor Rafael Arias Blanco. Pero entre todos ellos el hombre de letras fue Quintero.